

## El Guido de Estela

*Guido Leonardo Croxatto*

*Tell me what is that voice that saps my breath  
out of my body*

*Burns, The voice*

En la sede de Abuelas, yo estaba con Estela cuando entró Rosita. Creo que era 2013. “Rosita te presento a Guido, pero no es mi Guido”, dijo con amor Estela y un dejo de angustia al final de la frase, esa mezcla de seguridad, orgullo, y dolor, en este mar de profunda incompatibilidad. “Este es Guido”. Yo la saludé a Rosita. Y le dije a Estela “todos somos un poco tu Guido, Estela, todos y cada uno de nosotros”. Se lo volví a repetir a Estela, siete años después, en la Universidad Nacional de Lanús, antes de su discurso en la mesa de mujeres, donde contó cómo para ellas hacer la revolución era llevarles comida en un taper a sus maridos que estaban tomando la Universidad y lanzarle bolitas a las patas de los caballos de la policía. Eso era “todo”, dijo Estela, conmoviéndonos. Tan inocentes éramos. Nunca podríamos haber pensado cuánto de travesura hay en una revolución. Cuánto de ternura. Cuánto de amor (diría el Che). De enfrentamiento fingido. Que termina siendo cruento y deleznable. Termina siendo real. Porque los intereses chocan. Y los policías casi nunca se animan a desobedecer una orden.

Cuando me iba, luego de que le hubiera repetido que a todos “nos pesa un poco el nombre”, llamarse “Guido” en esta sociedad, donde Guido, el único Guido que debiera aparecer, no está(ba), continua(ba) robado, negado, desaparecido (luego apareció Ignacio, y este libro quedó interrumpido, mientras yo

vivía en Berlín, intentando otra vez escribir equivocadamente una tesis sobre derechos humanos en el lugar donde tuvo lugar el horror más grande del siglo XX, el sitio de turismo de Berlín, cuando se refiere a Wannsee, dice hoy con un dejo de sorna “buena y mala fama” de Wannsee, como si fuera posible decir algo tan superficial y ridículo, como si el horror de la solución final fuera tan solo una cuestión de mera “fama” buena o mala<sup>1</sup> de un lugar), en el presente, es un crimen del que no quiero yo participar, le dije “me da vergüenza llamarme Guido”, como pudo alguien elegir este nombre, en esta sociedad con chicos robados de padres asesinados que aun oculta(ba) a Guido, llamarse “Guido” está mal, da vergüenza, es dar una señal confusa, equivoca, ser cómplice, es no dejar ver.

Te regalo este nombre, es tuyo. Hasta que Guido no aparezca, no puede haber otro “Guido”, Guido es un nombre que no se puede usar. Es un lugar sagrado. Cuando me iba, Estela me acompañó a la escalera de la entrada, el sol entraba, me dio un beso y me abrazó fuerte, como hace siempre, y cuando yo estaba ya por cruzar la puerta de la calle Virrey Ceballos, me dice (ella se ve que había seguido parada, mirando cómo me iba) “A mí me encanta que te llames Guido, sabes?”, dijo. En la fijeza de esa Mirada, en la divinidad petrificada de ese rostro, en su lógica, diría Levinas, yo encuentro todo. A Laura viva. Tal vez si Beckett

---

<sup>1</sup> Me llamaba la atención cómo levantan la mano: con la palma para atrás. Luego entendí que hasta allí llegan las huellas del pasado: levantarla con la palma de frente como en cualquier otro país (como en cualquier aula argentina) tiene aquí oscuras reminiscencias: era el saludo al Fuhrer, otro nombre que esta casi prohibido decir en alemán. Estas cosas son las cosas que uno aprende apenas comienza a estudiar alemán. Hay cosas –términos, verbos, palabras- que no se dicen. Que no se pueden mencionar. Tan grave y próximo es el pasado. (Esto no quiere decir que también en Alemania haya desaparecido el riesgo de banalizar el horror del pasado: los guías turísticos de Berlín suelen iniciar los recorridos por Wannsee diciendo que el sitio tiene “una buena y una mala fama”, como si el hecho de haber decidido allí el exterminio definitivo (la solución “final”) de millones de seres humanos pudiera ser resumido o rebajado a una cuestión de mera “fama”, de buena o “mala fama”, emparejando ese horror genocida (la Shoá) con la belleza de la naturaleza bucólica del lugar (“buena fama”). Aún hoy, pleno 2019, el sitio turístico de Berlín califica de tal manera Wannsee. “Wannsee Buena y mala fama”. (<https://www.visitberlin.de/es/wannsee>). Cuesta creerlo. Es un sitio oficial del Estado alemán. Adorno no estaba equivocado. Arendt tampoco.

hubiera estado en los campos, no elegiría llorar. Se aferraría a algo. Los que no somos hijos de desaparecidos, como mi amigo Julián Axat (que me dijo en 2013 precisamente “vos ya sos un HIJO, Guido”, y creo que fue lo más honroso que alguna vez me dijeron), podemos soltarnos un poco más que los otros. Podemos llorar. Sin decir más. Podemos llorar con la libertad que ellos, que luchan, no pueden. Ellos no pueden darse el lujo. Porque ellos mantienen en pie el hilo del que fue hasta el final, de los rostros que pintaba Olomucka: hablan por los que no pueden. Son Laura. Y Laura no puede llorar. No debe. “No nos matan”, dijo la hija de Rodolfo Walsh. Nosotros elegimos. Entonces no podemos llorar. Hay que continuar. Poesía herramienta, como diría Celaya. Poesía testimonio. Poesía para la acción. Poesía-Derecho. La Poesía es (y quiero enfatizar el *ES*) Derecho<sup>2</sup>. Por eso no tiene sentido hablar, como hacemos con Julian Axat en un ciclo que coordinamos en la UBA hace un tiempo, de poesía y Derecho. Porque la poesía es Derecho. El Derecho nace así. No de otra forma. Como poesía social y popular. Como reivindicación cantada por los pueblos, los revolucionarios son los pueblos que cantan, me dijo Pierre Sané en una cena en Fervor, en Recoleta, lugar al que solo había ido antes con Duhalde. Como “bardo”. Como “mala palabra” que causa “problemas” políticos al conmovier y romper el estatus quo. Como memoria concreta. Como voz cruda que vuelve en el canto a ser oída, incluso después de haber sido ultrajada, pisoteada, esa voz vuelve. Está. No es que está desaparecida. Vive a través. Emerge. Sale del río. Sale de las paredes.

---

<sup>2</sup> Roland Spiller, en la Goethe Universidad de Frankfurt (cuyo edificio fue de la compañía IG Farben, que fabricaba el gas zyklon B, que tiraban los nazis en la “ducha”, cuesta creer que aun hoy se enseñe, en 2020, Derecho en ese mismo edificio!), junto a la hija de Paco Muñoz Conde, Marta Muñoz, colaboradora suya, amiga de Antonio Martins- nos preguntó repetidas veces, despues que yo leyera dos poemas de Julian Axat y uno de Jorge Money, que es esa figura nueva de “abogados-poetas”, publicados por la colección talita dorada. No se trata de defender una visión poetica de la justicia en el sentido de Nussbaum (profesora de letras en Chicago, contracara de nuestra posición ideologica latinoamericana), sino de explicar el proceso en el cual los HIJOS que llevan adelante juicios de derechos humanos, además de ser abogados de izquierda, comprometidos en derechos humanos, son poetas (“putos”, “maricones”) y usan a la poesia como una herramienta (“rosa”) de presencia y reivindicacion de lo que quiso ser enmudecido y silenciado para siempre. Zurdos. Comunistas. Y maricones.

## La apelación

Con el nombre “carcelitas” se conoce en Villa Fiorito a las casas abandonadas de los transas que la policía utiliza de modo informal para encerrar y reprimir a los chicos que no roban para ellos. El lugar de la poesía es hacer poemas con esto (que el derecho no dice o no quiere afrontar –no quiere ponerle un nombre- por diversas razones). Los ricos no entienden la desesperación de los pobres. La veleidad del derecho está rota. Parménides demuele uno a uno los argumentos que usa Sócrates para justificar su teoría de las Ideas. Parmenides pregunta si hay idea de uña, si hay idea de mugre. Sócrates por un segundo -al menos- tambalea. Esa vacilación expresa la dificultad de la filosofía para pensar lo bajo. Algo parecido le pasa a la Historia. A los historiadores. La complicidad no es siempre criminal ni deliberada (y eso es lo grave). Es parte de un método. No mienten cuando defienden la historia “objetiva” o lo que creen que es. El problema es cómo se conforma esa “objetividad”. Qué esconde que no vemos. “Ay Marta, Usted siempre condoliéndose por todos”, le dijo Daisi Ripodas Ardanas a mi mamá, en plena dictadura. Como si no necesitáramos una historia capaz de condelarse “por todos”. Ripodas era la esposa de Mariluz Urquijo, director del Instituto de Historia del Derecho, amigo a su vez de Abelardo Levaggi, que en plena clase de doctorado en Derecho (indiano) en la UBA, dijo que Viñas (a quien yo había defendido segundos antes) era un “rojo”. 2011. No 1977. Ignoro si se puede hacer *poesía* con esto. Pero sé lo que dijo Adorno sobre la poesía.

La metafísica nos libera de la mugre, se pone en esa posición liberadora, ideal, mas alla de todas las ataduras del sujeto a la materialidad y el detritus (a la chapa que menciona Martín Ogando Montesano). La metafísica. Los tachos entreabiertos. Los resquicios que nadie nunca limpia y que vemos en un ascensor y que relevan bastante bien lo que somos. Porque hay algo que no se limpia. La filosofía después de Auschwitz no puede volver a ponerse en esa posición, tampoco la nuestra, la

marginalidad argentina. No se puede volver a justificar por lo alto, lo bajo. La filosofía del Derecho y la filosofía de la Historia (india, sin américa profunda) hacen ambas eso. Cara y cruz. De Auschwitz a la ESMA. A algunos les parece que la comparación es sin embargo “exagerada”. Que no es “lo mismo”.

No puede haber poesía o por lo menos no puede haber ejercicios de virtuosismo, Adorno-Heidegger-Celan-Friburgo. Carcelitas. Sabemos que el tipo está tirado. Que duerme con frazadas llenas de olor a mugre. Y nosotros llevamos a nuestros hijos impecables al colegio, esquivando esa cuadra. La maestra quiere que mi hijo ponga cada letra en su lugar. Para eso te hace las rayitas, Constantino. La maestra le da todas las letras mezcladas, pero él las tenes que unir y no quiere. Hasta para escribir un poema hay que seguir una lista precisa y finita de pequeños pasos de razonamiento casi enteramente triviales. No decir. Sino hacer bardo. La deformación de este concepto habla por si sola: de ser algo bueno (poesía) a representar algo malo: un problema que se debe evitar. Para ellos la poesía es la *politización* de la palabra. La voz no manufacturada y prefabricada. La ruptura. Por ahí es.

el propósito del poema es demostrar que existe el peligro de dejarnos llevar por nuestras tendencias a simplificar demasiado las cosas. Sacar a los abogados de los dictámenes. Evitar que el procedimiento administrativo anule nuestra capacidad.

temor reverente ante la vastedad y los misterios del universo (si algo caracteriza al universo es su oscuridad) pero me inquieta este halo de superficialidad que nos contamina. hablamos de todo sin saber y estamos muy bien con eso: no nos molesta (tampoco a nosotros!), no nos inquieta, no nos averguenza para nada “opinar”<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Escucho que queremos incorporar a nuestros programas la “perspectiva” de género. Como si el genero fuera nada mas que eso: una mera “perspectiva”.